

Juan Gualberto Gómez, « Bosquejo de la historia de Puerto Rico »

San Juan de Puerto Rico, Editorial San Juan, 1972, 282 págs.

La Editorial San Juan de Puerto Rico publicó recientemente el *Bosquejo de la historia de Puerto Rico* escrita en Madrid, en 1891, por el patricio cubano Juan Gualberto Gómez con la colaboración de Antonio Sendras Burín. El epítome vio la luz en aquella época con el título de *La Isla de Puerto Rico: Bosquejo histórico desde la conquista hasta principios del 1891*. La obra se divulgó en España. Corrió entre las manos de los madrileños e hispanoamericanos interesados por los problemas antillanos. Y, ahora, al cabo de ochenta y un años, el profesor Leví Marrero —acucioso investigador de nuestro pasado— la lanza, de nuevo, a los vientos como tributo a Puerto Rico. No porque diga nada nuevo sobre nuestra ínsula sino —más bien— como una rareza bibliográfica que hace ostensible la preocupación de los próceres cubanos por el destino de Puerto Rico.

La *antillanía* no fue una palabra hueca para nuestros forjadores. El vocablo se les llenó de un alto y luminoso sentido. Por ella —por la fusión de las Antillas— quebraron lanzas, con fervor, Martí, Hostos, Betances, por no citar más. Por su consecución lucharon Máximo Gómez, Antonio Maceo, Rius Rivera y sus puñados de héroes. Por ella —como dice Leví Marrero— murió Pachín Marín en la manigua irredenta cubana.

Juan Gualberto Gómez fue un mulato soñador hijo de esclavos. Nació en Sabanilla del Encomendador en la provincia cubana de Matanzas. Sus padres compraron su libertad con veinticinco pesos

españoles que ahorraron, con tesón, hora a hora. El niño les nació con una inteligencia lúcida y una voluntad de acero. A los quince años se fue a París para aprender el oficio de carpintero de ribera. Pero Dios le tenía reservado otro destino. Su talento se impuso. Ingresó en la Escuela de Ingenieros de Munge en 1870. Pero no terminó la carrera. Se dedicó al periodismo. Y se abrazó, con amor, a la causa de la liberación cubana. Fue amigo íntimo de Martí. Ayudó al Apóstol a la organización de la revolución del 1895.

Terminada la contienda guerrera, se dedicó a la política. Fue representante y senador. Fundó el Partido Liberal Nacional con Alfredo Zayas. Y, posteriormente, concretó sus ideales políticos en el programa del Partido Unión Nacionalista. Luchó contra la dictadura de Machado. Y murió pobremente en 1933.

Juan Gualberto no estuvo nunca en Puerto Rico. Pero lo sintió tan cerca de su corazón que quiso historiar todo su acontecer como pueblo. Por eso a los treinta y siete años de edad, en su exilio madrileño, escribe su *Historia de Puerto Rico*. El libro es un bosquejo apretado de todos los acontecimientos isleños desde el descubrimiento hasta 1891. Tal vez sus fuentes sean pobres. Juan Gualberto responde, en primer lugar, a sus copiosas lecturas sobre la Isla, a su enorme preocupación antillana y a su deseo de ver libres a Cuba y a Puerto Rico.

Exalta las virtudes cívicas del puertorriqueño. Aclara que asombra su fervor patriótico pese a que «el pueblo nunca ha empuñado las armas para obtener o conservar un derecho». Dice que ni la prensa, ni la tribuna, ni el espíritu de asociación han podido ejercer su función formativa y educadora. Sin embargo, subraya que Puerto Rico «por su espíritu reflexivo, sus condiciones de templanza, su prudencia y su adelanto es digno de gozar de todas, absolutamente todas, las conquistas de la época que vivimos». Esto lo afirma y lo reafirma en 1891.

La obra relativamente breve —consta de 282 páginas— es un documento. No por lo que dice ya que todas las apreciaciones históricas de Juan Gualberto Gómez están superadas. Además él no fue un historiador vocacionado sino, sencillamente, un periodista y un patriota. La obra vale, en sí misma, por la actitud de *antillanía* que revela, por la preocupación desbordada que siente el prócer por Puerto Rico como si fuera su propia patria. No lo conocía físicamente. Sin embargo, espiritualmente, lo sentía tan suyo como su misma tierra madre.

Congratulamos a Leví Marrero por haber desempolvado estos

viejos folios para las generaciones actuales. Constituyen una lección de acercamiento, de amor, de solidaridad antillana. En las Antillas —reiteraba Martí— está el equilibrio de las Américas. Si queremos salvar al Continente —nos dice el Maestro— debemos empezar por pensar seriamente en nuestras islas y en desvelarnos por su destino.

Dr. LUIS MARTÍNEZ